

Sobre *Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica* de Pedro Boschán

MERCEDES PUCHOL*

RESUMEN

Sobre Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica de Pedro Boschán

El propósito de este trabajo es dar a conocer y exponer a modo de síntesis el recorrido del pensamiento del Dr. Pedro Boschán sobre *Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica*, partiendo de la que fue su tesis doctoral y que constituyó el material de base del que iba a ser su futuro libro sobre este mismo tema.

Paralelamente, la autora del presente trabajo expone un conjunto de reflexiones epistemológicas en torno a la «metodología singular de investigación cualitativa» que es la empleada en la tesis mencionada. A través de ellas, trata de mostrar cómo esta metodología de base que caracteriza a la epistemología contemporánea, y que ha sido recogida por el psicoanálisis contemporáneo, ha formado parte y ha recorrido el psicoanálisis desde sus orígenes.

Palabras clave:

Temporalidad. Narcisismo. Epistemología contemporánea. Psicoanálisis contemporáneo. Metodología singular de investigación cualitativa. Teorías. Modelos. Teorías como metáforas. Vértice. Foco. Psicoanálisis relacional.

*Mercedes Puchol. Dirección: C/ Dr. Castelo 29, 2.º C. 28009 Madrid. c-e: mpuchol@futurnet.es

Introducción

Mi encuentro con Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica

En primer lugar, quisiera comenzar diciendo que mi primer encuentro con este trabajo se lo debo a mi estadía en la Comisión de Publicaciones de la APM, experiencia por la que me siento muy satisfecha y agradecida y que me permitió tomar contacto con algunos trabajos que me resultaron especialmente interesantes y apasionantes, como el que deseo presentar en este número de la revista. De este modo, mi encuentro con este texto se remonta al año 2011 cuando, siendo María Herrero directora de la Comisión de Publicaciones¹, nos transmitió su interés de publicar este trabajo del doctor Pedro Boschán; se trataba de su tesis doctoral del año 2009 que versaba sobre la temporalidad y el narcisismo en la clínica psicoanalítica, y que él mismo deseaba transformar en un libro para que pudiera ser publicado por la APM. A mí, ya de entrada, me entusiasmó el tema, y más al tratarse de un autor admirado por mí y que había tenido la ocasión de conocer y escuchar en la APM. Por este motivo, me ofrecí espontáneamente a elaborar una síntesis de este trabajo que pudiera quedar como un documento para la propia Comisión de Publicaciones, previa publicación del futuro libro. Cuando comencé a leer el trabajo mi entusiasmo se fue incrementando: me pareció un trabajo de gran interés que, además, leí con mucho placer y al finalizar su lectura se había transformado a mis ojos en un referente para poder comprender y profundizar en los conceptos de temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica, y en el abordaje clínico de sus síntomas y trastornos en la clínica contemporánea. Por todo ello, lo que comenzó siendo un intento de síntesis de esta tesis doctoral se fue transformando espontáneamente en un trabajo de mayor amplitud donde traté de exponer el desarrollo del pensamiento teórico-clínico del Dr. Boschán del modo más fiel, claro y amplio posible.

Alrededor del mes de junio del 2011, el conjunto de la Comisión de Publicaciones le transmitimos al Dr. Boschán el interés y entusiasmo que teníamos de que se publicara su trabajo sobre este tema desarrollado en su tesis, lo que a él le estimuló para comenzar a redactar el manuscrito del que iba a ser su futuro libro. Sin embargo, en noviembre de 2011 recibimos la impactante y triste noticia de su fallecimiento, que sentimos pro-

1. Junto con María Herrero como directora de la Comisión, en aquel momento estaban: Milagro Martín Rafecas, Rosario Guillén, Benigno Prado y yo misma.

fundamente y que significó una importante pérdida para todos nosotros y, por tanto, para el conjunto de la comunidad psicoanalítica.

Si el tiempo se detuvo para Pedro Boschán, también lo hizo para el que iba a ser su futuro libro sobre *Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica*. Sin embargo, la profundidad, rigor y creatividad de su pensamiento volcado en sus trabajos, como en este que constituyó su tesis doctoral, sigue vivo para todos nosotros.

Metodología empleada y marco epistemológico

Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica es un trabajo teórico-clínico que se encuadra en el marco de lo que actualmente se denomina *investigación conceptual*, entendiendo por tal «aquella que enfoca la clarificación sistemática de conceptos psicoanalíticos, tanto en lo que hace a la historia de los conceptos como a su uso actual, su clarificación y diferenciación» (de acuerdo a la definición del Research Committee de la IPA). En este sentido creo que se trata de una contribución no solo relevante para el desarrollo del pensamiento y la clínica psicoanalítica, sino también de importancia en un momento como el actual donde el rigor de la clarificación y diferenciación conceptual se impone como necesario.

En este contexto, quisiera también resaltar la riqueza, finura y rigor epistemológico con el que Pedro Boschán va confirmando en su clínica, a lo largo de su trabajo, sus planteamientos e hipótesis teóricas, y añadir a este respecto que el Dr. Boschán parte de un planteamiento epistemológico contemporáneo que se incluye dentro de las denominadas *metodologías singulares de investigación cualitativa*. De acuerdo a este planteamiento, al que el autor del presente trabajo se adscribe: «Las metodologías singulares de investigación cualitativa explican los fenómenos, abren nuevas perspectivas epistemológicas a partir de la confluencia interdisciplinar... Como consecuencia de ellas, el investigador adopta una posición en la que no pretende probar sus ideas sino demostrar que son plausibles». De este modo, este tipo de metodología empleada trataría de alejarse de los llamados *lechos de Procusto* para poder integrar, conjugar o poner a dialogar en la clínica diferentes conceptos teóricos en función de la individualidad, particularidad y necesidades de cada paciente. En este sentido el Dr. Boschán, a lo largo de todo este trabajo, no solo integra y conjuga en la clínica, desde un pensamiento propio y creativo, diferentes conceptos teóricos de acuerdo a la singularidad de cada paciente, sino que, al mismo tiempo, deslinda y clarifica rigurosamente, en una forma muy

didáctica para el lector, cada uno de los conceptos empleados en su clínica, situándolos en su adecuado contexto y marco de referencia teórica.

Partiendo entonces del planteamiento epistemológico que Pedro Boschán despliega a lo largo de este trabajo, que va más allá del campo específico del psicoanálisis, y del que se hacen eco diversas propuestas metodológicas contemporáneas de otras ciencias y disciplinas, podríamos decir que la metodología que recorre la clínica del Dr. Boschán a lo largo del mismo, yendo más allá de lo interdisciplinar, puede ubicarse dentro del campo de la *transdisciplinaridad*, que es aquel que atraviesa las disciplinas.

En este orden de cosas, todo el concepto de *pensamiento complejo* desarrollado por Edgar Morin (1994) que reconoce y establece puentes, relaciones y diálogos con lo distante, diferente e incluso antagónico, dando cabida al azar y a la incertidumbre, es considerado por diversos autores como uno de los que más ha enriquecido al pensamiento contemporáneo².

En relación con los planteamientos de la epistemología contemporánea Rafael Cruz Roche (2011, p.208-13) ha planteado que: «[La] implicación del observador en el hecho observado es precisamente la aportación básica del constructivismo a la epistemología... La metodología creativa [de la epistemología actual] pasa de poner el acento de la parcelación del conjunto de los saberes con la vana aprehensión de unas leyes incambiables de absoluta validez, a un esfuerzo más exigente y a veces contradictorio de intentar integrar o al menos tener en cuenta aportaciones de muy diversos campos, aunque ello suponga el riesgo de tolerar las antinomias, la confusión y las paradojas, en la expectativa de que en las sombras y la ignorancia puedan surgir respuestas más adecuadas y pertinentes».

En este contexto, me parece interesante recuperar el concepto de J. Laplanche (1980, p.171) de *simbolizaciones abiertas*. Laplanche considera que toda verdadera simbolización debe permitir una abertura, y que el símbolo eficaz y no repetitivo concentra en su modo de elaboración las vías tanto de la contigüidad como de la semejanza, y tanto de la analogía como de la oposición. Todo ello lleva a concluir que el trabajo de simbolización es altamente individual, en la medida en que no tiene trazadas de antemano las cadenas asociativas, y que requiere para su *eficacia* de la plurivalencia, que podría implicar incluso una contradicción interna del símbolo, así como de la posibilidad de una asunción o apropiación

2. Sonia Abadi (2003), por ejemplo, considera que más allá de una epistemología, se trata de una ética de la libertad, en la misma dirección en que lo es el psicoanálisis. Esta misma autora (2003) también cree que, a lo largo de los últimos años, en diversas disciplinas, se ha producido un verdadero viraje epistemológico que tiene que ver con el ingreso en el *paradigma de red* que, a su juicio, ha estado implícito desde los comienzos de la teoría freudiana, en armonía o discordancia con el *paradigma de frontera*.

subjetiva del símbolo por parte del sujeto. De este modo, pienso que la perspectiva de J. Laplanche en relación a las *simbolizaciones abiertas*, también nos podría llevar a plantear las teorías, como me gusta decirlo, como *teorías abiertas* que, al igual que los procesos de *simbolización abierta*, puedan llegar incluso a albergar las paradojas y las antinomias, tal y como ha puesto de relieve la epistemología contemporánea.

En este contexto, podríamos considerar que, dentro del ámbito de nuestra disciplina, la voz del psicoanálisis relacional se hace eco de buena parte de estos planteamientos epistemológicos contemporáneos. De acuerdo a lo postulado por Ariel Liberman (2014) esta corriente de pensamiento reconoce cada vez más la subjetividad del analista en el proceso psicoanalítico, y se caracteriza por un pensamiento que jerarquiza la formulación renovada del problema, siempre singular y situacional, sobre las soluciones técnicas aplicables de modo general³. Partiendo de una visión de la mente intersubjetiva que contempla la multiplicidad de sí-mismos (*self*) en analista y paciente, incorpora una visión perspectivista «en la que no existe una sola y única visión verdadera sino diferentes versiones plausibles, altamente selectivas» (p.194). Desde esta polifonía perspectivista, se trata de facilitar una reflexión amplia sobre uno mismo en diversos contextos que se articulan con las versiones del *self* que se activan en ellos, tolerando la discrepancia y los conflictos entre ellas, y sosteniendo la ambigüedad de la experiencia interpersonal que está intrínsecamente vinculada a las variadas formas de percibir-construir dichas situaciones y a nosotros mismos dentro de ellas (Liberman, 2014).

Entendería, por tanto, que la *metodología singular de investigación cualitativa*, empleada por Pedro Boschán en su trabajo, tendría afinidades sustanciales con los planteamientos epistemológicos contemporáneos que acabamos de referir. En este sentido, pienso que podemos encontrar algunos aspectos de estos planteamientos desde el origen mismo del psicoanálisis.

En este orden de cosas, es que pienso también que todo psicoanalista, como siempre se ha dicho de todo científico creador, necesita poner en marcha su *capacidad de juego*, a la que tanto se ha referido Winnicott (1971), para crear un *espacio potencial* que le permita jugar con los autores⁴ y las

3. En este mismo artículo Ariel Liberman (2014, p.174) especifica que: «El psicoanálisis relacional... es una corriente de pensamiento psicoanalítico que se gesta en pluralidad, como una sensibilidad a ciertos asuntos, tanto clínicos como teóricos y/o epistemológicos, que involucran, de una u otra manera, una detención reflexiva sobre lo que Mitchell y Greenberg, en 1983, denominan lo relacional».

4. Parafraseando a A. Green (2005a) en su libro *Jugar con Winnicott*.

teorías para poder realizar una *creación personal*⁵ que le permita obtener un placer por el propio pensamiento, placer que solo es posible desde la parte de autonomía y libertad que el yo necesita para reconocerse pensante y deseante, y no simple eco del pensamiento o simple testigo del placer de otro (Aulagnier, 1979).

Precisamente, en este espacio potencial en el que tiene lugar todo proceso creador es en el que creo que también tenemos que enmarcar este trabajo de *creación personal* de Pedro Boschán.

Exposición del trabajo *Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica*

Tras introducirnos en la temática de su trabajo y exponer algunas de las consideraciones generales acerca del tiempo en el pensamiento científico, Pedro Boschán comienza planteando que nuestra experiencia objetiva del tiempo, basada en la concepción newtoniana del mismo que lo concibe como un tiempo verdadero, matemático y fluyendo uniformemente, es una concepción relativa, y únicamente válida para los estratos más conscientes de nuestro funcionamiento mental. Desde esta perspectiva, el autor parte de lo que se conoce como *la primera aporía temporal de Ricoeur*, consistente en que ninguna de las teorías filosóficas da cuenta por sí sola del tiempo, sino que necesariamente remite a las otras que paradójicamente no puede integrar, para situarnos como contrapartida frente a un problema central: la dificultad de integración de las distintas modalidades de funcionamiento temporal en la mente humana. En continuidad con esta línea de pensamiento, el autor considera que esta misma dificultad también podría explicar algunas de las controversias teóricas más significativas en el psicoanálisis tales como la controversia entre las ideas de continuidad genética frente a la resignificación, o la divergencia en cuanto a historia y estructura. Tras situar el contexto de estas controversias, el autor se adentra en la teoría psicoanalítica para profundizar en las distintas

5. En relación con esto quisiera recordar cómo Carlos Sopena otorgaba una especial importancia al *trabajo de elaboración personal* en los escritos del psicoanalista que consideraba como lo propio del psicoanálisis, al tiempo que consideraba al mismo como un trabajo de simbolización y elaboración psíquica en el que la subjetivación ocupaba un lugar central. José Manuel Martínez Forde (2014, p.141-42), autor de la reseña del libro *Pensamiento vivo. En la obra de Carlos Sopena*, publicada en el número 73 de nuestra revista, nos recordaba que la actitud de Carlos Sopena ante las diferentes escuelas de pensamiento psicoanalítico que fueron surgiendo era la de «una toma de posicionamiento personal, pero no cerrada ni excluyente, sino con actitud abierta a los interrogantes que otras propuestas puedan plantear».

conceptualizaciones del tiempo dentro de la misma. Para ello, comienza exponiendo y sintetizando la concepción de la temporalidad que se despliega a lo largo de toda la obra de Sigmund Freud para, más adelante, centrarse en las aportaciones de los autores posfreudianos.

Partiendo de la afirmación de Freud de que el paciente se ve obligado (por su compulsión de repetición) a repetir el material reprimido como experiencia contemporánea, en lugar de recordarlo como perteneciendo al pasado, Pedro Boschán considera que «psicoanalizar es básicamente una operación consistente en temporalizar experiencias», que permite establecer una manera diferente de relación entre el pasado y el presente. Mientras que la repetición es un concepto central en la teoría psicoanalítica que implica una atemporalización subjetiva de la experiencia, donde el pasado se presentifica, el concepto de *atemporalidad del inconsciente* también constituye una de las piedras angulares del edificio teórico del psicoanálisis. De esta forma, «el concepto de atemporalidad del inconsciente es –de acuerdo con P. Boschán– la base que permite a Freud sostener que el material que se hace accesible a la indagación psicoanalítica, así como los síntomas y los sueños, tienen su raíz en acontecimientos traumáticos del pasado, que ejercen su efecto al mantener su plena actividad en un eterno presente». Sin embargo, aunque parta de la base de la atemporalidad del inconsciente, el autor no descarta la posibilidad de la existencia de otras formas de temporalidad distintas a la lineal y abstracta del sistema *pcpt-c* dentro del propio inconsciente. De hecho, nos recuerda que Freud en su correspondencia con Fliess afirma que «de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción*. Lo esencialmente nuevo de mi teoría es entonces la tesis de que la memoria no preexiste de manera simple sino múltiple, registrada en diferentes variedades de signos». El autor nos muestra cómo esta idea de Freud, que insiste a lo largo de su obra, ha sido reelaborada por René Roussillon en su desarrollo sobre huellas y niveles de traducción, quien puntualiza que coexiste no solo un trabajo psíquico de retención (ligado al concepto de fijación psíquica), sino también de metabolización, reinscripción y reorganización de la experiencia primera en el tiempo del *après coup*, dando todo esto cuenta, de nuevo, de las distintas modalidades de funcionamiento temporal del psiquismo.

Posteriormente, el Dr. Boschán desarrolla el concepto de *nachträglichkeit*, al que considera de fundamental importancia, no solo en la teorización freudiana del tiempo sino también en las discusiones teóricas actuales en psicoanálisis en las que se debate si este primer registro tiene una sobrecarga ya desde el momento de su inscripción, o si solo adquiere

potencia psíquica a partir de la resignificación. En relación con este debate, el Dr. Boschán expresa la necesidad de esclarecer y deslindar mejor la idea de significación retroactiva de la de eficacia patógena retroactiva. Paralelamente, el autor cree que el otro debate central del psicoanálisis actual que versa sobre la oposición entre historia y estructura incluye la temporalidad, cuya importancia desde una concepción estructural se relativiza, haciendo difícil –desde su perspectiva– conceptualizar el cambio psíquico en estructuras consideradas atemporalmente. Partiendo de la hermosa analogía de los cuadros del Quattrocento en los que en diferentes áreas del cuadro se representan diferentes secuencias de un mismo acontecimiento, Pedro Boschán señala cómo para Freud coexisten tanto *una permanencia* como *un cambio* que darían cuenta de una jerarquía de organizaciones temporales donde cada una de estas incluiría (pero no reemplazaría) las de los niveles inferiores. El autor considera que a partir de estas premisas se abre un nuevo interrogante acerca del porqué de la represión de las temporalidades primitivas, interrogante al que trata de responder a partir de la *hipótesis plausible* de que la represión de determinados tipos de representaciones implicaría también la represión de los distintos tipos de temporalidad prevalentes en su operatoria.

Seguidamente, P. Boschán resalta como otro de los aspectos esenciales de la teorización freudiana la relación de la temporalidad abstracta con la percepción y la atención y, consecuentemente, con la realidad externa. Desde esta perspectiva, parte de las aseveraciones freudianas de que «el método discontinuo de funcionar del sistema pcpt-cs es la base del concepto de tiempo» y de que «nuestro sentido del paso del tiempo se origina en nuestra percepción interna del paso de nuestra vida cuando se despierta la conciencia en nosotros, percibimos este flujo interno y lo proyectamos al mundo externo». En este contexto, P. Boschán resalta la conjunción constante en la teorización freudiana de la atemporalidad y la inexistencia de representación de la muerte como características del sistema inconsciente, en contraposición con la representación del tiempo propia del sistema pcpt-cs. En relación con esto comienza a plantear (lo que luego desarrollará e ilustrará a través de casos clínicos) las dificultades con que las patologías narcisistas se pueden encontrar cuando recurren al manejo omnipotente del tiempo para negar la propia finitud, así como a describir las alteraciones de la temporalidad que funcionan en estas patologías como modos de eludir los duelos (incluyendo el de la propia finitud).

Más adelante, P. Boschán profundiza en los aportes posfreudianos en relación con la temporalidad. Comenzará centrándose en M. Klein para destacar las nociones de elaboración de la posición depresiva y del duelo

(ligados a la renuncia a modalidades omnipotentes de funcionamiento mental), junto con la capacidad para tolerar la demora en las etapas más tempranas de respuesta al pecho, como relevantes para la adquisición del concepto de tiempo lineal e irreversible. Paralelamente, el autor recuerda también que M. Klein afirmó que para que el presente y el pasado puedan juntarse en la mente del paciente se requiere relacionar una y otra vez las experiencias ulteriores con las anteriores, y viceversa. En relación con esto, P. Boschán añade que A. Green, aunque desde un enfoque muy diferente, señala también la conveniencia de alternar las interpretaciones referidas a lo actual con las que remiten al pasado. Del mismo modo, nos recuerda que Bion, en su original desarrollo de las ideas de M. Klein, observó que el predominio de la identificación proyectiva llevaba a un estado de confusión donde el reconocimiento del espacio y el tiempo son atacados, eliminando las condiciones necesarias para el desarrollo de conceptos y abstracciones y estableciendo un *tiempo detenido* (modalidad clínica que se podrá apreciar y vislumbrar a través de los materiales clínicos expuestos).

Posteriormente, P. Boschán recoge una de las aportaciones de T. Odgen en relación a las funciones principales del *holding* en los primeros tiempos del desarrollo vinculada al concepto de la temporalidad. Para T. Odgen una de las funciones del holding sería proteger al bebé en su progreso de la inalterable otredad del tiempo, que sería el tiempo hecho por el hombre: el de los relojes y el almanaque.

De entre el resto de autores posfreudianos mencionados por el Dr. Boschán cabría destacar a Lacan, quien atribuye al tiempo una importancia esencial en psicoanálisis y lo considera uno de los vectores constitutivos de la transferencia. Por otra parte, a cada uno de los tres registros lacanianos (real, imaginario y simbólico) le corresponde una temporalidad específica, siendo la temporalidad del registro simbólico la que guarda correspondencia con el concepto abstracto del tiempo en Freud. Lacan también propone un *tiempo lógico*, diferente de la duración, como otro modo de tiempo que da cuenta del deseo indestructible. Este *tiempo lógico* estaría, a su vez, constituido por tres tiempos: el instante de ver, el tiempo de comprender y el momento de concluir, de forma que lo que se produce en el plano del significado en la frase tiene siempre una función retroactiva, puesto que el sentido de lo dicho solo se aprehende al terminar la misma. Por otro lado, todo esto también se relacionaría con lo planteado por Freud en 1937 en lo relativo a las huellas inscritas en la psique que datan de una época anterior al lenguaje y que no pueden ser rememoradas, sino solo reproducidas en una modalidad alucinatoria o a

través de la actuación. O sea que, siguiendo a A. Green, «el tiempo en que eso ocurre no es aquel en el que se significa».

Posteriormente, el Dr. Boschán especifica que es a D. Winnicott a quien le debemos la conceptualización del rol desempeñado por el objeto en la organización de la temporalidad en el niño (concepto que también es aplicable a la relación analítica), en la medida en que es D. Winnicott quien aporta y entiende la vivencia de continuidad del ser como estructurante del aparato psíquico. Para Winnicott la apreciación del tiempo y el espacio, junto al resto de propiedades de la realidad, son posteriores a los procesos de integración y personalización, teniendo en todo ello una importancia central la noción de espacio transicional. De esta forma, la madre que puede aceptar al bebé no precipita su desarrollo, y le permite entrar en *posesión del tiempo* y de un sentimiento de ir desarrollándose de forma interna y personal. En cambio, cuando estas condiciones no se dan, el tiempo se constituye como un *tiempo enajenado* perteneciente al ámbito del falso *self*, no siendo este «el tiempo que poseemos, sino el tiempo que nos posee».

Desde otra línea teórica, P. Boschán señala la interrelación que establece Hartocollis entre las alteraciones de la afectividad, la temporalidad, y la calidad de relación objetal. De esta manera, P. Boschán puntualiza que Hartocollis establece un vínculo entre la intensidad afectiva y la pérdida de la conciencia del tiempo, así como entre las experiencias de fragmentación del *self* y la pérdida, tanto de la continuidad del tiempo, como de la interrelación entre pasado, presente y futuro.

Teniendo en cuenta las variadas y diferentes experiencias objetivas y subjetivas del tiempo (tal y como las describe Elrich), P. Boschán destaca la correlación establecida por David Liberman entre configuraciones psicopatológicas, modalidades temporales, características de la comunicación, y las particularidades y modificaciones del campo transferencial.

Seguidamente, P. Boschán se adentra en los postulados de A. Green sobre la temporalidad partiendo de su libro *El tiempo fragmentado*. P. Boschán resalta que A. Green nos recuerda que la simbolización no es un fenómeno independiente del contexto en el que se produce y que, dentro de este contexto, el tiempo puede cumplir un papel crucial en cuanto a la reversibilidad de los efectos de la pérdida y de la ausencia (cruciales para el proceso de simbolización). P. Boschán señala que para A. Green el concepto de *nachträglichkeit* o *après-coup*, en contraposición con lo que denomina los modelos desarrollistas-genéticos, funda la especificidad de la causalidad psíquica en psicoanálisis, y también resalta que, para este autor, la función de la pérdida de objeto es uno de los ejes de su análisis

en relación con la temporalidad. Sin embargo, P. Boschán nos recuerda que A. Green también puntualiza que «el balancín freudiano no cesa de oscilar entre una perspectiva diacrónica sustentada en la infancia... y una perspectiva estructural que opone sistemas psíquicos diferentemente organizados», concluyendo que ambas perspectivas o ejes (el histórico y el estructural) se complementan. Paralelamente, recoge la inquietud de A. Green en relación al modo en que interjuegan el tiempo del sujeto y el tiempo del Otro en la generación del sentido (que da cuenta de la conciliación entre el tiempo objetivo y el subjetivo), y recuerda la importancia de la secuencia en la génesis del sentido, tal y como lo indica etimológicamente el significante *consecuencia*. P. Boschán destaca que A. Green insiste en «la desincronización de los distintos aspectos descritos por Freud, reveladora de una *heterocronía fundamental* reflejada en el flujo bidireccional (progrediente y regrediente) de las catexis que hallan su expresión en una variedad de fenomenología clínica» (de la que más tarde el propio Dr. Boschán dará cuenta a través de ilustrativos y didácticos ejemplos clínicos). El autor del presente trabajo también destaca que A. Green propone que la concepción freudiana del tiempo implica una articulación de los niveles de funcionamiento psíquico del ello al superyó, dado que el superyó es un orientador de los tiempos junto con el ideal, al tomar en consideración las consecuencias de las acciones proyectadas y la preservación del destino del individuo. Por último, el autor subraya la aseveración de Green de que la función de la compulsión de repetición cuando es empleada como *asesinato del tiempo* es la expresión de la pulsión de muerte.

Posteriormente, P. Boschán se centra en las aportaciones de Meissner en relación a la constitución de la temporalidad, y recoge como central su acepción de que «no podemos experimentar el tiempo mismo sin una concepción integrada mente-cuerpo», ni tampoco el sí-mismo sin la experiencia simultánea del tiempo como un vital componente de su real existencia y sentido de identidad.

Paralelamente, el Dr. Boschán también hace alusión a las aportaciones de J. Puget en cuanto a la división que establece entre la temporalidad circular grecorromana del mito y de la repetición, y la temporalidad lineal judeocristiana de la revelación y el origen. Al mismo tiempo, también J. Puget agrega la temporalidad del instante, del presente absoluto (del Aion), y la temporalidad que concierne a la decisión o al momento justo (del Kairós). En este orden de cosas, P. Boschán enfatiza lo nuevo que puede originarse en el vínculo, que J. Puget llama *presente relacional*, en dialéctica con la idea de la transferencia como repetición. En este contexto,

P. Boschán también recoge la aportación de J. Laplanche que destaca la temporalización historizante del *après-coup* como primordial en la experiencia analítica frente a la temporalidad lineal del tiempo cosmológico, en la medida en que en ella se produce la disyuntiva entre repetición y elaboración.

Por último, y dentro de las contribuciones posfreudianas al estudio de la temporalidad, P. Boschán enfatiza la desmentida del paso del tiempo como la fuente y función más relevante de la compulsión a la repetición en su intento de congelar el tiempo (tal y como posteriormente lo ejemplificará a través del material clínico del caso A). En relación con esto, señala cómo O. Kenberg ha dado gran relevancia a los mecanismos disociativos en la imposibilidad de integrar nuevas experiencias, al condenar estos a la persona a vivir repetitivamente un mundo subjetivamente inmodificable de experiencias temidas o idealizadas que condensa el sentido del tiempo vivido.

Otro de los interesantes aspectos en los que el Dr. P. Boschán profundiza en su trabajo es el de la relación del tiempo con la técnica psicoanalítica. En el apartado que lleva por título «El tiempo y la técnica psicoanalítica», el Dr. Boschán parte de la base de que el tiempo es uno de los elementos delimitantes del intercambio analítico, formando parte del encuadre y del contrato analítico. Tomando como referencia algunas de las ideas de Gauthier y Namnum a este respecto, que remarcan el contraste entre el estricto control temporal que delimita la sesión y la *atemporalidad* involucrada en el intercambio analítico (siendo cada una de estas cosas condición de la otra), el Dr. Boschán cree que el analista se permite un cierto grado de regresión y permeabilidad de su inconsciente hacia los mensajes de su paciente por medio de la atención flotante, gracias a que la delimitación temporal de las sesiones le asegura que la discriminación se verá restablecida tras su finalización. Sin embargo, también nos advierte de que, en determinadas situaciones, el vínculo analítico también puede patologizarse, dando lugar a *análisis eternizados* (¿diferentes del concepto de *análisis interminable*?, me pregunto yo) que luego ilustrará con la viñeta clínica del caso M.

En este orden de cosas, el Dr. Boschán cree que el reciente debate acerca de la función historizante del psicoanálisis es quizá uno de los más importantes. A este respecto, recoge las aportaciones de Rickman en cuanto a la capacidad del paciente de moverse libremente del pasado al presente, y viceversa, como uno de los criterios de terminación de un análisis, pudiendo ser esta capacidad también vislumbrada a través de indicadores lingüísticos, tal y como lo señalan Liberman *et al.* Según P. Boschán,

en las últimas etapas de un análisis se produce una importante integración temporal que es, a su vez, la consecuencia de la penosa conciencia del tiempo que permite que la ilusión de intemporalidad, creada por y para el análisis, ceda su lugar al tiempo lineal e irreversible del proceso secundario, ligado a los duelos y a la conciencia de finitud (algo que será magníficamente ilustrado a través del material clínico del paciente G). De acuerdo a su experiencia clínica, el Dr. Boschán afirma que «el dar prominencia a la relación del sujeto con su temporalidad puede facilitar el cambio como un objetivo del proceso psicoanalítico y producir modificaciones en el modo en que los afectos son experimentados». Partiendo de la aseveración de Hartocollis de que la atemporalidad del análisis se presta a expresar uno de los aspectos específicos de la patología narcisista, y de las descripciones de Kenberg de las repercusiones de estas alteraciones de la temporalidad en el tratamiento, el Dr. Boschán nos advierte sobre los riesgos del analista de entrar en coalición con los aspectos inmovilizadores del paciente eternizando el tratamiento.

Posteriormente, el Dr. Boschán nos expone en su trabajo, a lo largo del apartado con su mismo nombre, «Algunas observaciones sobre ontogénesis del tiempo». Partiendo de las aseveraciones de la mayoría de autores analíticos y no analíticos de que «el tiempo es manifiestamente dependiente de las influencias somáticas», recogiendo esta acertada expresión de A. Green, el Dr. Boschán también otorga una importancia trascendental a todo el conjunto de influencias psicológicas que la teorización psicoanalítica ha esclarecido y puesto de relieve. En este sentido, y tras mencionar a los factores que la teoría freudiana se encargó de describir (como el *après coup*, la amnesia infantil y la ignorancia del tiempo por parte del inc.) y que han sido objeto previo de desarrollo en este trabajo, el Dr. Boschán relaciona el origen de la vivencia del tiempo, como registro de la presencia-ausencia, con la constancia objetal (capaz de metaforizar los ritmos biológicos y ambientales), y considera la discriminación yo-no yo como la base del establecimiento de la temporalidad. El autor del presente trabajo también nos recuerda la importancia que Freud otorgó al contacto con el afuera o con la realidad externa en la adquisición del concepto abstracto de tiempo, contacto que está seriamente mermado en los pacientes autistas o con retracciones autistas (tal y como el Dr. Boschán mostrará después a través del caso C). En esta línea, P. Boschán añade que «el proceso que lleva del tiempo circular a la adquisición del tiempo abstracto adquiere otra dimensión al introducir la dimensión del lenguaje que implica –como sostenía Lacan– la sujeción al orden simbólico y la apertura a la secuencialidad como otorgadora de sentidos». En este

contexto, P. Boschán, expone, en mi criterio, unas importantes aseveraciones: «Quizás esta correlación entre el lenguaje simbólico y el tiempo lineal permite comprender por qué los aspectos vinculados a la temporalidad arcaica tienen su registro predominante en los componentes no verbales de la comunicación. La sujeción al orden simbólico, en la cual desempeña un papel fundamental la función paterna, implica aceptar la realidad, la finitud y la muerte... Cuando decimos que la historización y la temporalidad dan lugar a una producción de subjetividad [algo que P. Boschán nos recuerda que fue señalado por P. Aulagnier], estamos afirmando que una historia se inscribe en diversas formas de temporalidad: la temporalidad de la época y de la cultura, contando además con la presencia perturbadora de la atemporalidad del inconsciente. Cada uno aporta una diferencia, una desincronía, que obliga al sujeto a renunciar a la idea de un tiempo lineal para sumergirse en un tiempo que responde a registros dispares, imposibles de ser abarcados por la conciencia».

Seguidamente, P. Boschán resume las aportaciones de Meltzer sobre el desarrollo de la dimensión del tiempo quien, desde una perspectiva poskleiniana, correlaciona los distintos estadios en el desarrollo de la dimensionalidad espacial (referida a lo que él llama geografía de la fantasía relacionada, a su vez, con el espacio vital, el *self* y los objetos) con distintas concepciones temporales y tipos de identificaciones que implican distintas modalidades de relación objetal. De este modo, la bidimensionalidad corresponde al tiempo circular concebido desde una modalidad de identificación adhesiva. La tridimensionalidad corresponde a un tiempo oscilante o reversible propio de una modalidad de identificación proyectiva que podría vincularse, según Boschán, al tiempo de la repetición. Y, por último, la tetradimensionalidad corresponde al tiempo lineal que, bajo la modalidad de identificación introyectiva, lucha contra el narcisismo y la omnipotencia permitiendo el surgimiento de la renuncia y la esperanza.

Más adelante P. Boschán vuelve a hacer hincapié, a través de los puntos de vista de autores como Arlow, Meissner y Winnicott, en la relación de las perturbaciones del tiempo con las desincronías entre las necesidades del bebé y la disponibilidad materna, así como con diversas modalidades de intrusión parentales (que el Dr. Boschán ilustrará a través del caso E).

Partiendo de otro enfoque, como el de C. Botella, que relaciona el tiempo con la representación, y que señala que cuando la noción de tiempo no está establecida la falta de percepción del objeto equivale a su inexistencia, el Dr. Boschán puntualiza que el comprender que la ausencia del objeto no es definitiva se corresponde con la instauración de la capacidad de su representación. En base a esta propuesta de C. Botella,

el Dr. Boschán conjetura que la capacidad de representar coincide con la creación de la noción de futuro y de esperanza, y que ello nos permite entender que el interpretar pueda, en determinadas situaciones, promover la representabilidad y la figurabilidad psíquica al temporalizar una experiencia (lo cual ilustra más tarde a través del sueño del material clínico de H).

Posteriormente, el Dr. P. Boschán va a realizar una síntesis del concepto de narcisismo en la obra de S. Freud, precisando previamente que la utilización que él va a dar a este concepto a lo largo de su trabajo se refiere a su acepción clínica para designar «un modo de funcionamiento mental caracterizado por la omnipotencia, y opuesta al reconocimiento de la alteridad, de la finitud y las diferencias sexuales. Esta acepción es diferente, aunque complementaria, de las acepciones metapsicológica y psicopatológica del término». Nuestro autor concluye que en la obra de S. Freud se pueden delimitar tres conceptos diferentes, aunque imbricados, de narcisismo o tres niveles diferentes de descripción. De esta forma, cree que en *Tres ensayos* y en *Leonardo*, el énfasis está puesto en la identificación y en la elección de objeto, mientras que en el historial de Schreber y en *Introducción del narcisismo* se enfatiza el narcisismo como fase en la organización del yo y su investidura por el sujeto. P. Boschán remarca que estas concepciones del narcisismo implican siempre una relación intersubjetiva (aunque uno de los términos de esta relación esté incorporado al sujeto o su alteridad se vea negada). Por último, P. Boschán añade una tercera modalidad de plantear el narcisismo, reforzada por la segunda tópica, que considera al narcisismo como una vicisitud de la economía libidinal. Partiendo de estos tres modos de plantear el narcisismo en la obra de S. Freud, el Dr. Boschán trae a colación una de las aserciones fundamentales de su trabajo: que «la negación del transcurso del tiempo es un rasgo característico del narcisismo». Pese a que desde el punto de vista psicopatológico no disponemos de una caracterización unívoca de lo que suele denominarse *patología narcisista*, P. Boschán (tomando como punto de partida las descripciones de Hornstein en relación con esta patología) concluye diciendo que este tipo de patología nos enfrenta a una clínica en la que se hacen aparentes: una incertidumbre sobre las fronteras entre el yo y el objeto y el yo y el ideal, una fusión anhelada y temida con los otros, fluctuaciones intensas en el sentimiento de autoestima, una gran vulnerabilidad a las heridas narcisistas, una gran dependencia de los otros o imposibilidad de establecer relaciones significativas, una búsqueda del vacío psíquico y el predominio de defensas primitivas.

Tras haber efectuado este recorrido exhaustivo por algunos de los conceptos que el autor considera fundamentales acerca del tiempo y el

narcisismo, el Dr. Boschán parte del marco de referencia que estos constituyen para formular sus aportaciones específicas y personales al tema que lleva por título este trabajo: *Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica* (con plena vigencia actualmente, añadiría yo). De esta forma, la hipótesis principal planteada por P. Boschán es que «la modificación de la vivencia del tiempo implicada en el desarrollo del proceso secundario está sujeta a las mismas vicisitudes que el proceso de discriminación yo-no yo (o en otros términos teóricos, discriminación sujeto/objeto), estando ambos procesos interrelacionados». Al mismo tiempo, propone que «subsidiariamente el desarrollo del pensamiento simbólico desempeña una función determinante en la instauración de ambos procesos». En función de estas hipótesis centrales P. Boschán plantea otras nuevas hipótesis de trabajo que va a *poner a trabajar* –valga la redundancia– a través de todo el rico, sugerente e interesante material clínico que generosamente nos aporta. P. Boschán resume estas hipótesis que van a quedar ilustradas y demostradas a través del mismo de la siguiente manera:

- En aquellos pacientes en los que en la transferencia se manifiestan alteraciones severas y persistentes de la discriminación yo/no-yo, se manifestarán correlativamente modalidades arcaicas de funcionamiento temporal, y se acompañará de distintos tipos de alteraciones de la atención.
- Estas alteraciones de la temporalidad muchas veces cumplen la función de «escudo protector de los estímulos» (Freud, 1920) que algunos de estos pacientes utilizan para protegerse del estímulo intolerable que les representa el contacto con los objetos y la realidad.
- Habría variaciones del tipo de temporalidad prevalente en distintos momentos de una misma sesión, de acuerdo al estado de permeabilidad del vínculo transferencial.
- En estas alteraciones de la temporalidad puede haber distintas variantes en la capacidad de elaboración de duelos, que a su vez pueden ser generadoras de distintos estados patológicos.

Seguidamente, a través del amplio y rico material clínico compuesto por un total de catorce casos, P. Boschán demuestra y sostiene la plausibilidad de sus hipótesis de trabajo «cotejando las alteraciones de la temporalidad de distinto tipo observables en las patologías o momentos a predominio narcisista, con las visualizables en patologías más neuróticas y otras, en las que se puede observar otros tipos de temporalidad arcaica, más frecuente en las modalidades autistas: el tiempo fragmentado, su evolución en una secuencia de sesiones y las perturbaciones contratransferenciales relativas a ella». Dado que las diferencias entre las perturbaciones

más neuróticas de la temporalidad, relacionadas con el control del tiempo, y los modos de funcionamiento narcisistas vinculados con la vivencia del tiempo no son absolutas, P. Boschán cree que sería más lícito hablar de prevalencia e interacción de estos elementos.

Desde esta perspectiva, a través del paciente A, de modalidad narcisista, se ilustra la contraposición entre el tiempo lineal que transcurre implicando pérdidas y duelos, y el tiempo narcisista en el que vive el paciente: congelado e inmóvil (como refleja uno de sus sueños), que protege del contacto con el otro y de las emociones que suscita. Paralelamente, este material permite también vislumbrar cuál sería la salida del congelamiento narcisista, salida que implicaría tener que hacer el duelo por las pérdidas hasta entonces no registradas y por la omnipotencia que permitía negarlas.

Más adelante, dos secuencias del paciente B con una modalidad neurótica de rasgos fóbico-obsesivos, nos van a permitir comparar no solo las diferencias fundamentales en el modo en que diversos trastornos de la temporalidad afectan al vínculo analítico (mucho más alterado en el caso A que en el caso B) y a la contratransferencia (con una sensación de inmovilidad contratransferencial en el caso A, y de movilidad y participación parcial de la vivencia del paciente en el caso B), sino también comparar dos momentos temporales de un mismo paciente que dan cuenta de la movilidad psíquica a partir de la aceptación de las pérdidas y la confrontación con lo incognoscible.

Por su parte, el material de C ilustra la modalidad temporal del *tiempo fragmentado*, que suele ser correlativo de las modalidades transferenciales autistas, y que produce dificultades contratransferenciales específicas en la atención y la preservación en la mente del analista de la continuidad temporal, dificultades que requieren del analista de un importante trabajo de análisis de su contratransferencia. Sin embargo, también podremos asistir a la modificación de la cualidad del material en distintos momentos de la evolución de este análisis, evolución que permitirá a la paciente llegar a verbalizar algunos de los fenómenos de fragmentación temporal y del yo que eran el sustrato de los descritos en las primeras secuencias.

El material D corresponde a una sesión familiar que nos permitirá visualizar la cualidad vincular de la temporalidad o la temporalidad vincular o relacional cuando se despliegan alteraciones temporales y de discriminación sujeto/objeto a nivel vincular, que inciden en la dinámica del vínculo y en el modo en que eventos vinculares son historizados.

El material E, que corresponde a un paciente cuyo padre había cometido suicidio, y que presentaba características neuróticas y distintas afeciones psicosomáticas, ilustra la omnipotencia en el manejo del tiempo y

el riesgo vital que implica, junto con la relación existente entre tiempo-asma y omnipotencia. A lo largo del material asistiremos a la reducción de la omnipotencia vinculada a la elaboración de los duelos, y a la concomitante vivencia del tiempo por parte del paciente como algo más propio y disponible que permite proyectar un futuro.

En el material de F se aprecia la alteración de la temporalidad en un intento de detención o congelamiento, vinculada a la dificultad de elaboración de los duelos en un paciente con estructura obsesiva en el que el tiempo libre aparece equiparado a la desprotección y el abandono.

En el material de G se puede apreciar la elaboración de una simbiosis (con una madre primero y una hija después, que luego es transferida a la situación analítica) en las etapas finales de un análisis, y el proceso de duelo que se posibilita con la aceptación de la temporalidad lineal y la finitud. En este material podremos observar el modo simbiótico de congelamiento del tiempo como modo de negar los duelos, que a su vez genera nuevas pérdidas, en contraposición con las nuevas perspectivas que abre el procesamiento de los duelos. Entre estas nuevas perspectivas cabría destacar la aparición de la generosidad como una posibilidad de reconocer y empatizar con la alteridad, diferenciándola de la dependencia simbiótica que impide la discriminación yo/no yo.

A lo largo del material de H se podrá apreciar la importancia del vínculo contenedor para poder establecer la propia temporalidad, y los mecanismos compensatorios narcisistas de disociación frente a su carencia. Desde esta perspectiva, se podrá vislumbrar el tiempo ejerciendo una función de desconexión en el *vivir a mil por hora*, vivencia que condensaba una identificación con un objeto materno que desregulaba los tiempos del bebé.

A través de las viñetas cortas de los materiales I y J se sigue profundizando en algunos de los aspectos de los materiales anteriores y en el valor indicativo clínico de las formas verbales.

El material de K permite, por su parte, observar las alteraciones de la temporalidad en las situaciones traumáticas a través de un amplio material onírico. En este material se puede apreciar la disociación del tiempo y la escisión narcisista del yo, señalada por S. Ferenczi, en aras de la supervivencia psíquica cuando una parte del yo escindida queda detenida en el tiempo, concepto que retoma Winnicott en su teoría del falso *self*.

Posteriormente la viñeta de L, perteneciente a una paciente con una estructura melancólica relacionada con la falla de la investidura narcisista parental e intensificada por la culpa por la muerte de una hermana, permite vislumbrar la vivencia del tiempo detenido y la aparición del deseo de salir del mismo expresado oníricamente.

El material de M, procedente de las entrevistas iniciales previas al inicio de un tratamiento, pertenece a una mujer de 67 años que pide urgentemente una entrevista tras el fallecimiento de su anterior analista, con quien dice haber estado 48 años y que, según la paciente, interpretaba sus deseos de terminar como ataques al encuadre o intentos de actuación de su abandono temprano. A través de este material se puede no solo apreciar la inmovilidad del tiempo característico del narcisismo, sino también hipotetizar cómo el involucramiento contratransferencial del analista puede llevar a concretar materialmente la fantasía de intemporalidad, bruscamente quebrada por la aparición de la muerte cuya evitación o desmentida está a su vez ligada a la idea de tiempo detenido.

Finalmente, en el material de N, perteneciente a un joven de 24 años con características obsesivas, se aprecia la detención del tiempo a través de los mecanismos obsesivos de la duda y la parálisis, en función de evitar una desorganización fantaseada (referida a una psicosis materna y a la desorganización violenta de la estructura familiar), y para evitar la destrucción fantaseada si el duelo detenido y suprimido «se ponía en marcha».

Tras este intento de síntesis por mi parte de las ideas, conceptos e hipótesis ilustradas por todo este material clínico, quisiera finalizar este escrito destacando, de nuevo, el rigor científico del trabajo del Dr. Boschán, así como su profundidad y claridad expositiva. De la misma manera, quisiera remarcar la importancia para nuestra disciplina y nuestra clínica de los aspectos de la temporalidad plasmados en este trabajo, al que considero un referente en la materia.

Quisiera concluir esta exposición con unas palabras del Dr. Boschán: «La posibilidad de integración de ambas concepciones del tiempo y del mundo, que coexisten en nuestra mente, esa peculiar mezcla de narcisismo y objetividad que aspiramos a lograr, íntimamente ligada con la creación y la procreación, y la capacidad de identificación con los otros, es la base de la solidaridad y la pertenencia».

Algunas reflexiones en torno a cuestiones epistemológicas suscitadas por el trabajo de Pedro Boschán

Partiendo del planteamiento epistemológico previamente expuesto que Pedro Boschán desarrolla a lo largo de este trabajo, desearía poder desplegar algunas reflexiones epistemológicas en torno al mismo dentro del ámbito del psicoanálisis, tratando de seguir el espíritu de apertura y diálogo que le caracterizaba.

Partiendo de la base de que todo un conjunto de criterios epistemológicos contemporáneos son afines a los de este trabajo, quisiera volver a plantear cómo estos mismos criterios, que recorren la *metodología singular de investigación cualitativa* empleada por el autor de este trabajo, han ido recorriendo el psicoanálisis desde sus orígenes, comenzando por la obra de Sigmund Freud, siendo del psicoanálisis relacional el mérito de haberlos sistematizado.

La metodología singular de investigación cualitativa en el marco freudiano: ¿un Freud o varios?

De acuerdo a lo planteado por diversos autores, tanto del ámbito de la epistemología como del psicoanálisis, la obra de Freud da lugar a diversas lecturas y modelos de la mente hasta el punto de que se ha llegado a sostener que existe más de un Freud, e incluso varios Freud, dentro de la obra freudiana (Klimovsky, 1988). Quizá pudiéramos pensar con Freud (1913, p.180) que este hecho puede ser debido a que «el inconsciente habla más de un dialecto» y que, desde esta perspectiva, la diversidad de nuestra clínica también puede llevarnos a estar en contacto con diferentes dialectos que estarían en estrecha relación con los diferentes modos de funcionamiento psíquico de los pacientes e, incluso, dentro de un mismo paciente. Por este motivo, pienso que podríamos hablar de distintas áreas de discontinuidad, continuidad e incluso complementariedad (Fischbein y Miramón, 2015) entre las teorías de Freud y los diversos aportes posfreudianos.

En esta misma línea, H. W. Loewald (1960, p.83) concluye que: «Freud, como cualquier persona que no sacrifica la complejidad de la vida a la simplicidad decepcionante de los conceptos rígidos, ha dicho muchas cosas contradictorias»⁶. Pienso que este planteamiento es extensible para los diversos creadores y escuelas psicoanalíticas posfreudianas. Pero, volviendo a Freud y su obra, sabemos que el mismo Freud tomó sus propios recaudos en lo referente a su metapsicología, hasta el punto de referirse a las pulsiones como *nuestra mitología*, y a la metapsicología como *nuestra bruja*. De hecho, él mismo consideró muchas de sus teorías como andamiajes provisionales que pudieran ser en cualquier momento sustituidos por otros más adecuados para explicar los hechos observados.

6. En esta línea de pensamiento concluye Loewald (1960, p.83) en un tono un tanto humorístico: «[Freud] puede ser citado en apoyo de muchas ideas diferentes. ¿Puedo yo, al final, citarlo en apoyo de mi idea?».

En relación con todo esto, el propio Freud (1911, p.87) postuló: «Desde luego que se puede proceder de diversas maneras, pero en el psicoanálisis nunca es obvia la respuesta a cuestiones técnicas. Quizás haya más de un camino bueno, pero sin duda hay muchísimos malos, y una comparación entre diversas técnicas tiene que producir un efecto esclarecedor aunque no imponga decidirse por un método determinado». Posteriormente, nos advierte de que: «Las ideas especulativas no son el fundamento de la ciencia, sobre el cual descansaría todo; lo es, más bien, la sola observación. No son el cimiento sino el remate del edificio íntegro, y pueden sustituirse y deshacerse sin perjuicio» (Freud, 1914, p.75).

Sabemos que, desde el *Proyecto*, el pensamiento crítico para Freud era aquel capaz de revisar y corregir sus fundamentos, y que él mismo nos advirtió de la importancia de que las teorías se insertaran dentro del campo del conocimiento desde más de un punto de vista.

Teorías, modelos y metáforas

Haciéndose eco del interés e inquietudes del psicoanálisis contemporáneo en torno a las diversas teorías y modelos de la mente, nuestra revista publicó precisamente un monográfico dedicado a los *Modelos en la mente del analista*. En su introducción al mismo, Antonio Felis (2015) puntualizaba que para algunos autores «el *modelo* tiene un significado preciso que lo diferencia de la noción de teoría» (p.7). En este sentido, también recordaba que cuando Grinberg *et al.* (1973) explican la concepción de Bion sobre el pensamiento dicen que la inclusión y el uso de modelos en el campo del pensamiento presenta importantes ventajas desde el punto de vista de su operatividad.

Desde la perspectiva de Bion, entre las ventajas del uso de modelos se destaca la flexibilidad en contraste con la rigidez de las teorías, y la posibilidad de encontrar la correspondencia entre los problemas específicos que presentan los pacientes y el cuerpo principal de la teoría psicoanalítica, evitando, de este modo, caer en la tendencia a crear nuevas teorías *ad hoc* cada vez que el analista tropiece con dificultades serias en el ejercicio de su tarea. De este modo, los modelos pueden ser sugeridos por el material proporcionado por los pacientes pudiendo cumplir una función muy valiosa «siempre y cuando no se los confunda con las teorías» (Grinberg *et al.*, 1973, p.61). Al mismo tiempo, el uso de los modelos es efímero, ya que pueden ser descartados no bien hayan cumplido su propósito o fracasado

en el mismo y, si demuestran ser útiles en distintas ocasiones, se puede considerar la posibilidad de su transformación en teorías.

En este orden de cosas, Meissner (1984) también plantea que la mentalidad científica trata de tender puentes entre el espacio intermedio que existe entre lo empírico y lo teórico a través del uso de un rango intermedio de conceptualización que es el modelo y que se sitúa entre el nivel de la abstracción teórica y el nivel de la metáfora.

El previamente mencionado monográfico sobre *Modelos de la mente* de esta revista incluía el artículo de Beatriz León de Bernardi (2015) que lleva por título «La teoría del campo como metáfora y las metáforas en el campo y en el proceso analítico». En él su autora se refería a la perspectiva de la teoría del campo como un modelo de trabajo clínico que permitió a M. y W. Baranger establecer conexiones entre el nivel más general y abstracto de las construcciones metapsicológicas y el nivel de la experiencia en la sesión. Paralelamente, al comienzo de este mismo artículo, Beatriz León de Bernardi postulaba que: «En psicoanálisis, el tema de la metáfora ha estado presente en la reflexión sobre el papel de las concepciones psicoanalíticas, en las concepciones teóricas y en elaboraciones sobre las características de la comunicación analítica. Autores como G. Klein (1976), Schaefer (1976) y Spence (1987) han entendido, por ejemplo, cómo las teorías psicoanalíticas pueden ser vistas como metáforas explicativas del funcionamiento psíquico inconsciente» (León de Bernardi, 2015). También en ese mismo monográfico Ana María Rizzuto (2015) en su artículo «Las teorías se visten de palabras para los analizados» se refería al hecho de que el analista podía recurrir a la *función transicional y metafórica* de sus teorías, en particular con sus componentes visuales y simbólicos como facilitadores de la organización de la percepción de lo que está pasando en ese momento clínico. De esta forma, «el uso objetivo o metafórico de la teoría es un proceso constructivo que ayuda al analista durante momentos difíciles durante el análisis» (Rizzuto, 2015, p.291).

Todo ello nos permite concluir, siguiendo el camino abierto originariamente por Bion, que las teorías también pueden ser *usadas* como modelos de la mente o metáforas. De este modo, además de permitir cubrir el tan amplio espectro de situaciones clínicas, personalidades y patologías del psicoanálisis contemporáneo, por no hablar también del amplio espectro de funcionamientos de la mente dentro de un mismo paciente, este *uso* nos facilitaría la posibilidad de encaminarnos hacia una posible integración o diálogo entre diferentes metapsicologías, conceptualizaciones y modelos de la mente propio de la epistemología contemporánea y, por tanto, de la *metodología singular de investigación cualitativa*, siempre y

cuando esto respete o se realice dentro del marco propio de la *investigación conceptual*⁷ en el que precisamente se ubica el presente trabajo del Dr. Pedro Boschán.

El vértice como concepto puente

Al hilo de todo este diálogo entre distintos modelos teóricos, me parece importante poner de relieve el concepto de *vértice*⁸ postulado por Bion como otra de las herramientas teórico-clínicas para poder encarar este debate. En relación con este tema Bion (1970, p.86) dijo: «Yo no creo que lo que lo que separa a los científicos es su diferencia en la teoría. Yo nunca me he sentido “separado” de alguien que difiere de mí en función de las teorías que sostiene... A la inversa, me he sentido muy separado de alguien que, aparentemente, sostenía las mismas teorías. Por lo tanto, si la “brecha” es “medida”, tendrá que ser en otro dominio que no sea el de la teoría. Las diferencias teóricas son entonces síntomas de las diferencias en vértice y no tanto una medida de las diferencias propiamente dichas»⁹. Pienso que, dentro de desarrollos psicoanalíticos posteriores, este concepto de *vértice* postulado por Bion pudiera guardar algunos puntos de contacto con el de *foco*¹⁰ postulado por G. Klein (1970), que da cuenta

7. Como había explicitado hacia el comienzo de este trabajo, la *investigación conceptual* es «aquella que enfoca la clarificación sistemática de conceptos psicoanalíticos, tanto en lo que hace a la historia de los conceptos como a su uso actual, su clarificación y diferenciación», de acuerdo a la definición del Research Committee de la IPA. El respeto de este marco de investigación conceptual es importante porque, tal y como nos ha alertado S. Mitchell (1997/2015, p.76): «Por razones que desarrollé en otros lugares (Greenberg y Mitchell, 1983; Mitchell, 1988) no creo que sea útil la mera toma y selección de partes de teorías, extrayéndolas de su marco conceptual y juntándolas al buen tuntún. Las contradicciones y diferencias entre las teorías a menudo apuntan a importantes problemas conceptuales sobre los que hay que meditar y no dejar de lado». Al mismo tiempo, este autor también concluye diciendo que «El juicio clínico de cada analista está formado por su particular integración de modelos y conceptos psicoanalíticos, aderezada con sus dinámicas personales, su carácter y su experiencia vital» (Mitchell, 1997/2015, p.276-7).

8. De acuerdo con Bion (1970, p.126, la traducción es mía): «El término “vértice” puede ser entendido como sinónimo de “punto de vista”, excepto en ciertas instancias especiales». Ya en su libro *Transformaciones* había postulado que «El cambio de vértice de un “sentido” o “sistema” a otro facilita la solución de una dificultad que el uso de un solo vértice hace imposible» (Bion, 1965/ 2001, p.120).

9. La traducción es mía.

10. De acuerdo con lo postulado por G. Klein (1970), toda entidad perceptual o elemento rector es un foco que deriva de indicios que le dan sentido y todo acto de conocimiento se dirige desde una conciencia incidental de los indicios hacia una conciencia focal del elemento rector de la entidad. De esta forma el autor sostiene: «Cuando consideramos un hecho en su función de indicio, este encierra un significado distinto que cuando lo consideramos como un elemento rector o foco. Deja entonces de funcionar como indicio para asumir un nivel distinto de significado» (Klein, 1970, p.64).

de distintos niveles de significación o coherencia coexistiendo en las mismas entidades inclusivas o conjuntos de hechos.

De esta forma, de la misma manera que nuestro *vértice* o *foco* puede variar, también se producen lo que Manuela Utrilla¹¹ ha conceptualizado como *migraciones de una teorización a otra*, que forman parte del «viaje del pensamiento que, a pesar de las influencias recibidas, puede crearse un mundo propio original e inigualable, presidido por nuestra libertad de pensar» (Utrilla, 2017, p.22).

La búsqueda de la singularidad como el vértice que une objeto y método

Y en todo este espectro teórico-clínico en que nos sitúa el psicoanálisis contemporáneo, cada vez más autores abogan por teorizar cada experiencia y reflexionar sobre las operaciones teóricas y metodológicas puestas en juego de acuerdo a la singularidad de cada paciente y encuentro analítico.

Creo que, en esta incesante búsqueda de la singularidad de cada encuentro analítico, junto con la de cada uno de sus participantes en el marco de la transferencia-contratransferencia, cobra un especial relieve el concepto de *metabolización* postulado por J. Laplanche. Este concepto da cuenta también del procesamiento de producción de un hecho clínico y nos permite, por tanto, saber de qué manera tenemos que desarticularlo (Bleichmar, 1999)¹².

Y en el marco de todo este debate epistemológico es fundamental el tener en cuenta la aplicación del método al objeto de estudio. En relación con esta cuestión Teresa Olmos (2004, p.133) ha planteado que: «No hay un método único plausible de ser aplicado a cualquier objeto. Hoy en día quizás deberíamos hablar de métodos psicoanalíticos. En estos casos va a depender de nuestra posibilidad de ubicarnos en la historia singular del sujeto, ya que la precisión en el abordaje del objeto, hace a los criterios de transformación y analizabilidad».

Dentro de este *marco epistemológico*, y tratando de hacer un poco de historia, quisiera recordar las aportaciones de dos grandes creadores

11. Recogido de la conferencia de Manuela Utrilla en la APM *Familias de emigrantes*, del 7 de diciembre de 2011.

12. En este orden de cosas, Silvia Bleichmar (1993, p.255) aboga por construir una teoría de lo originario que «haga trabajar» tanto los conceptos freudianos como muchos de los desarrollos que vinieron a contradecirlos o a «ampliarlos» *a posteriori*, explorando las contradicciones en unos y otros y rescatando la dosis de verdad que en el cercenamiento del objeto han abierto.

dentro el psicoanálisis argentino como son E. Pichon-Rivière y David Liberman, que formaron parte del horizonte de pensamiento de Pedro Boschán. Ya en el año 1971 E. Pichon-Rivière formuló la idea de la *persona en situación* que él definía como la persona inmersa en su tiempo y en su contexto sociocultural, privilegiando la singularidad tanto del paciente como del analista y la peculiaridad inédita del encuentro entre ambos. Dentro del contexto epistemológico del ECRO¹³, un acrónimo ideado por Pichon-Rivière, David Liberman no solo propone un paradigma, sino un modo de ir más allá de esto y de integrar la variedad de aquellos existentes en el campo del psicoanálisis contemporáneo. De esta forma, los conceptos teórico-técnicos de las diversas escuelas podrían ser rescatados de una caja de herramientas metafórica que el analista usa *inadvertidamente* en la sesión y *deliberadamente* cuando estudia estas mismas sesiones fuera de las mismas (Arbiser, 2014, p.724)¹⁴, idea que nos puede acercar también al concepto de *teorías implícitas* desarrollado por J. Sandler (1983).

Pero si es de suma importancia considerar la singularidad de cada paciente y situación clínica, la singularidad de cada analista también habría de ser considerada como una exigencia indispensable para su propio accionar (Aulagnier, 1986) que abre al amplio campo de las *teorizaciones flotantes* postuladas por Piera Aulagnier, las cuales permiten considerar a las teorías como procesos abiertos, posibilitando por su propia función tanto idas y venidas como cambios y resignificaciones (Aulagnier, tomado de Olmos, 2006).

13. El ECRO (Esquema, Conceptual, Referencial y Operativo) es una definición formulada por Enrique Pichon-Rivière que marca la preponderancia de la *persona* sobre las teorías, teorías que, como ha puesto de relieve Samuel Arbiser (2014, p.724): «no deberían ser disminuidas en valor ni usadas como emblemas de confrontaciones entre *capillas* sino, en el mejor de los casos, ser asimiladas como introyectos nucleares (Wisdom, 1961) incrustados en la *identidad psicoanalítica* del operador psicoanalítico. Ese sería el modo de evitar adaptar al paciente a diferentes paradigmas teóricos cerrados o totalizantes».

14. En el marco del contexto referido podemos entender también la siguiente afirmación de David Liberman en el año 1976 que, a mi juicio, se adelanta a cuestiones epistemológicas del psicoanálisis contemporáneo: «Considero... que el o los esquemas referenciales se ponen en actividad y se silencian según las características del caso y del momento que atraviesa el terapeuta. Considero que únicamente es posible y honesto decir con qué *esquema referencial* ha estado uno trabajando, cuando se reexamina la labor efectuada. Solamente así podremos establecer o descubrir correlaciones entre nuestras ideas y las de algunos de los pioneros del psicoanálisis; más aún, quizá entonces podremos decir con qué parte de la obra de tal o cual autor que nos ha dejado enseñanzas estamos operando y con qué parte de la misma no estamos operando» (p.30-1).

El cambio psíquico como criterio de validación

En su conocido debate con Wallerstein, A. Green (2005) postulará que el único procedimiento válido es el de mostrar cómo un material clínico consistente¹⁵ puede demostrar los lazos entre dos teorías diferentes, sin olvidar que estas se apoyan en técnicas y en interpretaciones diferentes¹⁶.

Y en este amplio campo de posibilidades ofrecidas al psicoanálisis en la actualidad podríamos concluir con Piera Aulagnier (1986) que toda verdad, todo principio y todo acto de buena fe deberán siempre ser juzgados por las consecuencias que se desprendan de ellos.

En este sentido, pienso que, si una de las metas fundamentales de un análisis es ampliar los márgenes de libertad de todo sujeto abriendo sus posibilidades de transformación y cambio psíquico en un encuentro inédito, podemos concordar con Bion (1962) en que uno de los mejores criterios para validar la teoría vendría dado por la correlación entre la evidencia de un aumento de la capacidad para pensar de una persona por medio de un psicoanálisis, junto con la evidencia de la existencia de una realización aproximada a los conceptos teóricos en cuestión.

Quisiera finalizar estas reflexiones en torno a las diversas cuestiones epistemológicas suscitadas por la riqueza del trabajo de Pedro Boschán con la cita de Baranger *et al.* ([1982]1983, p.548-9) que encabezó el que fue nuestro primer trabajo del grupo de revisión y actualización bibliográfica de la APM¹⁷ publicado en esta revista que llevaba por título «Simbolizaciones. Perlaboraciones: nuevas perspectivas, nuevos debates»: «Es recomendable que transitemos por esquemas múltiples, haciendo sin eclecticismo confusional nuestra propia cosecha de varios de ellos: la clínica es más variada que nuestros esquemas y no nos regatea las oportunidades de inventar».

15. A. Green se refería con *material clínico consistente* a un material basado en la exposición de una serie de sesiones y en un proceso psicoanalítico descrito de modo suficientemente extenso.

16. En esta misma línea se alinea la del epistemólogo Gregorio Klimovsky (1988, p.94) cuando concluye en su artículo «El carácter científico del psicoanálisis» que: «Lo que sería realmente muy interesante es rehacer el estudio sistemático de cuál es la verdadera pertinencia del dato clínico con respecto a las hipótesis psicoanalíticas, o sea, hacer realmente epistemología aplicada».

17. Este grupo coordinado por Ariel Liberman tiene como objetivo la exploración bibliográfica y discusión de trabajos relacionados con el tema del simposio anual que se realiza en nuestra institución.

*SUMMARY**

On Temporality and narcissism in clinical psychoanalytic practice by Pedro Boschán

The aim of this paper is to introduce and present a summarized version of the trajectory of Dr. Pedro Boschán's thought on the subject of temporality and narcissism in clinical psychoanalytic practice, beginning with what was his doctoral thesis and what constituted the source material of what was to be his future book on the same subject.

At the same time, the author of this paper presents a series of epistemological reflections upon the "unique methodology of qualitative research" as used in the above-mentioned thesis. Through these reflections she attempts to demonstrate how this underlying methodology which characterizes contemporary epistemology, and which has been taken up by contemporary psychoanalysis, has formed part of and has run through psychoanalysis since its beginnings.

Key words:

Temporality. Narcissism. Contemporary epistemology. Contemporary psychoanalysis. Unique methodology of qualitative research. Theories. Models. Theories as metaphors. Vertex. Focus. Relational psychoanalysis.

*RÉSUMÉ***

A propos de Temporalité et narcissisme dans la clinique psychoanalytique de Pedro Boschán

L'objectif de ce travail est de faire connaître et d'exposer en tant que synthèse le parcours de la pensée du Dr. Pedro Boschán sur *Temporalité et narcissisme dans la clinique psychanalytique*, en partant de ce qui a été sa thèse doctorale et qui a constitué le matériel de base de ce qui allait être son prochain livre sur le même sujet.

En parallèle, l'auteur de cet travail expose un ensemble de réflexions épistémologiques au sujet de la «méthodologie singulière de recherche qualitative» qui est celle employée dans la thèse mentionnée. A travers cette réflexion, elle essaye de montrer comment cette méthodologie de base qui caractérise l'épistémologie contemporaine, et qui a été reprise par

*Traducido por Caroline Williamson.

**Traducido por Pilar Crespo.

la psychanalyse contemporaine, a fair partie et a parcouru la psychanalyse depuis ses origines.

Mots clé:

Temporalité. Narcissisme. Epistémologie contemporaine. Psychanalyse contemporaine. Méthodologie singulière de recherche qualitative. Théories. Modèles. Théories comme métaphores. Sommet. Foyer. Psychanalyse relationnelle.

BIBLIOGRAFÍA

- Abadi S (2003). Entre la frontera y la red, apuntes para una metapsicología de la libertad. *Rev Psicoanál APM* 39: 167-85.
- Arbiser S (2014). David Libeman's legacy. *Int J Psychoanal* 95: 719-38.
- Aulagnier P (1979). *Les destins du plaisir, aliénation-amour-passion*. París: PUF. *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos aires: Paidós, 1994.
- Aulagnier P (1986). *Un interprète en quête de sens*. París: Editions Ramsay. *Un intérprete en busca de sentido*. Madrid: Siglo XXI.
- Baranger M, Baranger W, Mom J ([1982]1983). Proceso y no proceso en el trabajo analítico. *Rev Psicoanál* 39: 527-49. Process and non-process in analytic work. *Int J Psychoanal* 64: 1-15, 1983.
- Bion W (1962). *Learning from experience*. Londres: Karnac, 1991.
- Bion W (1965). *Transformaciones*. Valencia: Promolibro, 2001.
- Bion W (1970). *Attention and interpretation*. Nueva York: Routledge, 2001.
- Bleichmar S (1993). *La fundación de lo inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- Bleichmar S (1999). *Clínica psicoanalítica y neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Boschán P (2009). *Temporalidad y narcisismo en la clínica psicoanalítica*. Tesis doctoral. Universidad de Buenos Aires, 24/08/2009.
- Cruz Roche R (2011). Límites y fronteras del psicoanálisis. *Rev Psicoanál APM* 63: 205-29.
- Felis A (2015). Modelos en la mente del analista. Introducción al tema monográfico. *Rev Psicoanál APM* 74: 7-13.
- Fischbein SV, Miramón B (2015). Theoretical trajectories: dreams and dreaming from Freud to Bion. *Int J Psychoanal* 96: 967-92.
- Freud S (1911). El uso de la interpretación de los sueños en psicoanálisis. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu 12: 83-105.

- Freud S (1913). El interés por el psicoanálisis. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu **13**: 165-92.
- Freud S (1914). Introducción del narcisismo. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu **14**: 65-98.
- Green A (2005a). *Jugar con Winnicott*. Buenos Aires: Amorrortu, 2007.
- Green A (2005b). La ilusión del terreno común y el pluralismo mítico. *Rev Psicoanál APM* **47**: 19-26.
- Grinberg L, Sor D, Tabak de Bianchedi E (1973). *Introducción a las ideas de Bion*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1976.
- Klein G (1970). ¿Dos teorías o una? Perspectivas para el cambio en la teoría psicoanalítica. *Rev Psicoanál APM* **74**: 47-81.
- Klimovsky G (1988). El carácter científico del psicoanálisis. *Rev Psicoanál APM* **8**: 73-94.
- Laplanche J (1980). *Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- León de Bernardi B (2015). La teoría del campo como metáfora y las metáforas en el campo y en el proceso analítico. *Rev Psicoanál APM* **74**: 167-98.
- Liberman A (2014). El psicoanálisis relacional. ¿Viejos vinos en odres nuevos o una nueva voz? *Rev Psicoanál APM* **71**: 173-204.
- Liberman A, Martínez A, Puchol M, Ruvinsky D, Suarez MA, Tejedor P (2014). Simbolizaciones. Perlaboraciones: nuevas perspectivas, nuevos debates. *Rev Psicoanál APM* **73**: 101-30.
- Liberman D (1976). *Comunicación y psicoanálisis*. Buenos Aires: Alex Editor.
- Loewald HW (1960). Sobre la acción terapéutica del psicoanálisis. *Rev Psicoanál APM* **75**: 51-86.
- Martínez Forde JM (2015). Reseña del libro «Pensamiento vivo. En la obra de Carlos Sopena». *Rev Psicoanál APM* **73**: 141-9.
- Meissner WW (1984). Models in the mind: the role of theory in the psychoanalytic process. *Psychoanal Inq* **4**: 5-32.
- Mitchell S (1997). *Influencia y autonomía en psicoanálisis*. Madrid: Agora Relacional, 2015.
- Morin E (1994). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Olmos T (2004). Algunas reflexiones sobre «La teoría y la práctica psicoanalíticas en la actualidad». *Rev Psicoanál APM* **42**: 127-38.
- Olmos T (2006). Algunas cuestiones fundamentales de Piera Aulagnier. Sus aportes a la metapsicología y a la clínica psicoanalítica. *Rev Psicoanál APM* **47**: 219-37.

- Rizzuto AM (2015). Las teorías se visten de palabras para los analizados. *Rev Psicoanál APM 74*: 279-306.
- Sandler J (1983). Reflexiones sobre algunas relaciones entre los conceptos psicoanalíticos y la práctica psicoanalítica. *Rev Psicoanál APM 74*: 83-102.
- Utrilla M (2011). *Familias de emigrantes*. Conferencia en la APM 7/12/2011.
- Utrilla M (2017). *Una odisea del pensamiento. Influencias, libertad de pensar y violencia*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Winnicott DW (1971). *Playing and reality*. Londres: Routledge, 1997.